

Recuerdo de Adolf Loos

Loos ha sido un entendedor sensible de los objetos de artesanía, de las piedras preciosas, de los tejidos, de las maderas exóticas, de todos aquellos materiales que él componía, como una concha extraordinariamente original, en torno a las piezas tradicionales de su querido Chippendale. Pero su cálida penetración de la naturaleza humana, de los hombres, de las personas que le rodeaban, de sus amigos, de mí mismo -que fuí el primero en unirme a la singular escuela que mantenía en torno a una mesa de café-, todo eso servirá mejor para esbozar su retrato si soy capaz de profundizar en mi espíritu con toda la fuerza de mi gratitud.

Adolf Loos no fue un arquitecto que proyectase, y construyó poco. Pero es mucho lo que ha dejado en el corazón de cuantos le conocieron.

Para un joven que se ocupase de arquitectura, conocerle personalmente no era cosa privada de inconvenientes, sobre todo en caso de que algún anciano bienpensante llegara a enterarse de ello. Me acuerdo de por lo menos un profesor de la Escuela Técnica Superior que dedicaba sus lecciones a exaltarse y declamar contra el corruptor de la juventud, al cual era un escándalo que el ayuntamiento de Viena no hubiera ofrecido aún la cicuta. Pero también es cierto que ni el ayuntamiento ni ninguna otra autoridad pública ofreció a Loos ninguna otra cosa, al contrario de lo que ocurría con Josef Hoffmann, profesor y director de la Escuela de Artes Aplicadas, que sabía conseguir para sí todos los encargos y nombramientos. En el campo profesional, Loos era considerado un proscrito.

El mismo contaba con aire burlón la curiosa conversación que Karl König, al que

admiraba, había tenido con él hacía mucho tiempo. Era poco después de que König acabara de construir un ingenioso edificio de estilo renacentista en la Schwarzenberg Platz de Viena, con una fantástica decoración destacando en el cielo, en medio de la silueta del alero. Loos le había dicho: "Mire, señor Consejero, esto es magnífico, pero la diferencia entre usted y yo está en..." El profesor König le había interrumpido con voz altisonante: "La diferencia entre usted y yo está en que yo sé hacer algo y usted no sabe hacer nada." Pero si Loos no gozaba de muchas simpatías

entre los profesores y los funcionarios gubernativos, las tenía en cambio todas entre las personas corrientes, pero inteligentes y activas: comerciantes que sabían vender sus mercancías, propietarios de café que gustaban de acoger agradablemente a sus clientes, dueños de pensión que apreciaban ambientes confortables, cocinas prácticas y habitaciones con la cama cómoda. Era sobre todo tan humano al conquistar el corazón de las mujeres -sin comportarse por eso como un donjuán- que siempre se le veía rodeado por las muchachas más seductoras de Viena. Incluso se casaba con ellas, una después de otra, y no recuerdo a nadie, ni siquiera en Hollywood, que se haya divorciado con tanta fortuna, es decir acabando sin rencor por sus enfrentamientos. Su encanto personal parecía siempre inocente y amable, y ello en una ciudad que no era ajena a los chismes envenenados. Ante mi asombro, su matrimonio no impedía en ningún momento que muchas jóvenes (y recuerdo especialmente a dos o tres, muy hermosas) siguieran a Loos y pasaran con él sus pequeños ratos en los cafés y tertulias de Viena.

Cuando le conocí, Loos se había separado hacía poco de una joven bailarina de familia burguesa convertida en una celebridad de la danza, sin ser por otra parte repudiada o perder su herencia y su dote. Su padre era propietario de uno de los mayores bares de la ciudad, donde la mejor aristocracia sorbía una taza de café con nata batida. En aquella época, Loos estaba casado con una bellísima escocesa.

Cuando fuí a visitar su casa, tenía el aire de un solitario apartamento de soltero, más bien mal amueblado, a excepción de los cuadros de Kokoschka esparcidos por todas partes. El tenía el aspecto de un joven padre de familia, con ojos pensativos y amistosos y un aire un poco enfermizo, que revelaba su úlcera en el estómago. Con esta última justificaba el hecho de beber siempre un vaso de "obers", crema grasa, incluso en el bar en que solía obligarme a tomar un "prairie oyster" o alguna otra bebida exótica americana. Todas las bebidas que me ofrecía eran exóticas; como también lo eran siempre sus ideas. Y, además, siempre las explicaba como si fueran de origen americano. Desde entonces me dí cuenta de que provenían sobre todo de lo que América era para él: un reino fantástico de bondad, de lealtad, de realidad positiva; en suma, un paraíso en la tierra.

En realidad, si hablo de Loos de este modo -de su comportamiento humano, de su vida privada- no es por difundir chismes sobre la persona a quien he guardado estima durante toda su vida y que aún hoy recuerdo con el mismo afecto. He hablado de estas cosas para expresar de algún modo, con una cierta evidencia plástica, su personalidad: una personalidad melancólica, compleja, que intentaba proyectarse hacia el exterior, responder con una sonrisa al mundo que le rodeaba. Por eso tenía tantos amigos entre los hombres y tantas "admiradoras" entre las mujeres.

Entre los jóvenes que este Sócrates "corrompió", además de mí, tuvo muchos admiradores, pero no todos ellos sinceros o sin reservas. Algunos de entre los más capacitados, como el hijo de Sigmund Freud o Rudolph Schindler, le escuchaban con interés, pero a veces con una sonrisa escéptica. Por otra parte, Schindler solía hacer comentarios irónicos incluso sobre Otto Wagner, su maestro. Entre los más devotos, en cambio, estaba Giuseppe De Finetti, jovencísimo amante de la vida nocturna vienesa, que muchos años después tradujo un discurso de Loos a los estudiantes milaneses. Otro gran admirador y discípulo suyo fue Henry Kulka.

Por ello he pensado que debía poner en relieve esta cualidad de Loos: porque lo que él me ha transmitido es la lección de su gran humanidad, más que una herencia técnica o formal; esta humanidad que le procuró no sólo los clientes, sino también su estima y simpatía, y al influjo de la cual yo quisiera atribuir el hecho de que también yo tenga muchos clientes de esta clase.

Aunque como persona estuviera totalmente arraigado en la tradición vienesa, y fuera el hombre más vienés que yo pueda imaginar, tenía un inmenso y desinteresado cariño por América, que le parecía tan maravillosamente poco vienesa. Cuando hubo terminado su año de servicio militar, Loos se fue a los Estados Unidos y permaneció allí durante tres años. Debía tener entonces poco más o menos veintidós o veintitrés años.

Desembarcó en Nueva York con un tiempo horrible y se fue a los barrios populares del bajo Manhattan. No tenía dinero y no logró encontrar trabajo como proyectista. Encontró en cambio qué hacer en todos los otros tipos de trabajo, incluso los más humildes. Después se fue a Chicago y permaneció allí durante el período de la Exposición Colombina, es decir en 1893. Loos, el héroe de mi historia, tuvo en ella la

experiencia más negativa que pueda vivir cualquier inmigrado dotado con buenas cualidades. En América tuvo que superar grandes dificultades económicas. Y sin embargo no regresó en absoluto desalentado, sino al contrario, con el ánimo cargado del más ardiente entusiasmo por aquel país.

Se dirá que lo que Loos vio en los Estados Unidos quizá era, en parte, una ilusión. Yo no lo creo: había también en ello un núcleo de fuerte realismo. Para él, América era la tierra de los hombres libres, de la gente que vive cerca de la realidad, sin supersticiones o falsas tradiciones. Por eso me gustaba escuchar las historias que nos contaba.

Loos admiraba a los americanos: los jefes de cocina, los gerentes de hotel, los barberos, los cajeros de los bancos, los conductores del metro elevado, los vendedores ambulantes, los pequeños limpiabotas. Nos hacía ver que "sus" americanos, en general, constituían un material humano excelente, si conseguimos olvidar eso que llaman educación y cultura y todo lo que en los países europeos se valora más de la cuenta, sobre todo en Viena, capital cultural de Europa Central.

Téngase en cuenta además que quien hacía todas estas observaciones venía del país en que sonaba la mejor orquesta filarmónica del mundo, de un país con más compositores famosos por kilómetro cuadrado que cualquier otro. Es más, en América vivía con el bajo proletariado, entre gente muy heterogénea, y difícilmente podía relacionarse con la alta sociedad anglosajona. Vivía con otros inmigrantes en su mismo estado de miseria. Y aunque la mayor parte de las historias que nos contaba tenían para mí un valor inestimable, en ellas apenas aparecían los que hoy consideraríamos americanos corrientes al cien por cien. Y es que vivía y hablaba continuamente con inmigrantes rusos, judíos, eslovacos o italianos, la gente que uno podía encontrarse en Manhattan, en los alrededores de Orchard Street. Y sin embargo eran para él mucho más auténticamente americanos, precisamente por su diametral oposición al carácter de sus "primos".

Esta gente, al mismo tiempo, reflejaba el espíritu americano en su importante momento inicial: estaban adquiriendo una mentalidad desprejuiciada y decantándose progresivamente, al margen de cualquier deformación de origen histórico (que en el viejo mundo, con su antigua geografía política, les había envenenado la sangre), hacia el realismo y la libertad; un pueblo con el corazón de oro, como no lo habían tenido en sus

respectivos países, donde la gente se degollaba mutuamente. Quizá también aquí se degollaba un poco, pero lo cierto es que se respiraba una atmósfera mucho menos tensa entre aquella gran mezcla de gente en la que Loos entreveía el carácter distintivo del nuevo humanismo americano. Reconozco que estoy añadiendo cosas más a lo que Loos nos contaba en sus discursos, pero su concepción de este país, al igual que la mía -que seguía sus huellas-, no era la ortodoxa.

Sus discursos sobre América eran, en cierto aspecto, una versión de Walt Whitman hecha por un inmigrado. Ambos personajes me fascinaban. Loos sólo aludía muy fugazmente al paisaje o a la altura de los edificios. Sus discursos ignoraban casi siempre el tronco anglosajón -que jugaba el principal papel en la vida americana-, así como la población indígena del país. Y sin embargo, de un modo inconsciente, se refería a "algo" anterior que en aquel país ejercía un influjo sobre los inmigrantes: como si éstos se fueran transformando lentamente, o como si el país tuviera el poder de regenerar a la humanidad. Esta era la descripción que hacía de América, y que hoy toma tanta importancia en la medida en que América se ha convertido en un polo de atracción para el mundo entero.

Loos había recorrido en todas direcciones la Exposición Colombina. Cuando estuvo en Chicago, ésta era una ciudad tosca y salvaje que ejercía una gran fascinación para todo aquél que deseara librarse del extenuado culturalismo y de todo lo que dominaba la vieja Europa de entonces. Aunque de modo distinto, yo he heredado de Loos esta actitud. Cuando llegué allí, no había porquería o suciedad que me desanimara. Iba bien protegido. No fui a buscar a la gente rica, porque él me había hablado sólo de harapos, de sastres que trabajaban para Hart Schaffner y Marx, y de otros que habían aprendido a subir las escaleras de Foreman y Clark para aborrazar el treinta por ciento. No me habló de los mármoles lucientes y de los lujosos cocktail-bars (aunque recuerdo que mencionaba a menudo sus "prairie oyster" con ginebra fuerte). De lo que sobre todo me hablaba era de la base profundamente cordial de América, de gente metida en trabajos mortificantes que esperaba un futuro un poco menos oscuro, quince años antes de que se oyera hablar de Sidney Hillman. Y cuando vi América por primera vez, fue exactamente como si al ir a Londres y encontrarse con las zonas más miserables, se acordase uno del Christmas Carol de Dickens y se

entusiasmara de estar en Londres porque de pequeño se leyó a Dickens.

Loos me había proporcionado de este modo una visión con rayos X que penetraba más allá de cualquier triste superficie, más allá de los harapos, hasta el interior de las almas humanas, y sobre todo de la suya, que sabía vibrar junto a las demás. Loos era un hombre que se reconocía en los demás hombres. Odiaba las apreciaciones cuantitativas, y prefería mostrar él mismo las cosas a los obreros, en quienes confiaba y a quienes guardaba estima: "qué altura debe tener este entablado", "qué anchura esa puerta", "cuán dorado debe ser este amarillo"... Con ello se ganaba fama de conservador entre los brillantes formalistas de su tiempo -los Hoffmann, Horta, Mackintosh, Olbrich, Van de Velde-, por los que ciertamente tenía escasa consideración, calificándoles de comerciantes de moda.

Richard Neutra

Caricatura contra la casa en la Michaelerplatz:

"El espíritu de Fischer von Erlach: -Lástima de no haber conocido antes este hermoso estilo, no habría ensuciado con ornamentos tan bella plaza".

Wien in der Karikatur.

XXXVI.

Das Loos-Haus auf dem Michaelerplatz.



Der selbige Fischer v. Erlach: Schade, daß ich diesen Stil nicht schon gekannt hab; dann hätte ich den schönen Platz nicht mit meiner liebsten Ornamentik verunreinigt!